



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11164

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id. Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 21 DE ENERO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

POR LOS PRISIONEROS

Nada, no se resuelve satisfactoriamente ni con la brevedad deseada esa triste cuestión de los prisioneros de Filipinas. De vez en cuando alcanza alguno de esos desdichados la libertad arrojándose á los peligros de la fuga o comprándola á peso de oro á sus carceleros, que más codiciosos que vengativos deponen sus recursos ante una pila de duros mejicanos; pero esos son casos aislados, no frecuentes, pues ni la vigilancia de los indios es tan deficiente que sea cosa fácil burlarla, ni tienen recursos sobrados los soldados cautivos para aplicarlos á la consecución de su rescate.

Pica en historia ya lo que ocurre en esa cuestión. Apenas hace dos semanas que se dijo que Aguilardo pondría en libertad los prisioneros que tiene en su poder, siempre y cuando se la pidiera directamente el gobierno español. Por cierto que se aseguro de modo categorico que el gobierno se prestaba á ello y se afirmó que el representante en el archipiélago filipino había recibido órdenes concretas para que abriera las negociaciones.

¿Se dieron al fin? Nada se sabe. Si se dieron no han producido resultado alguno y ya se va perdiendo la esperanza de que se rompan las cadenas de aquellos infelices.

En tanto, viven penando sus familias, que escriben á Manila sin recibir contestación que las saque de duda y las consuele. Murieron los parientes porque lloran ó viven internados en la isla? ¿Quién sabe! El silencio parece mensajero de muerte, mas para el desdichado que á falta de cimientos mejores funda sus esperanzas en la duda, la falta de noticias nada prueba.

Por esas pobres familias cuya vida corre entre lágrimas y tor-

mentos; por tantos pequeñitos que al romper el día elevan sus manitas al cielo para pedir á Dios por la salud de sus padres o por la gloria de sus almas; por tanto desdichado sometido á la fiera venganza de los indigenas de Luzon, es preciso que esto acabe. Lo exigen en nombre de los prisioneros y sus familias, Dios y la humanidad.

AQUI ESTOY YO

Cartagena 21 Enero 99.

Distinguido señor Cháchara, Pablo, mi querido Jefe, y García [don Arturo:] Muy difícil es que á terno el que como yo no escribe hace tiempo, don ustedes que en materia de escribir son los tres honras y precios de las letras; pero a cabo aquel que hace lo que puede á hacer más nadie le obliga, y á mí por aches ó erres me aludió Pablo en su escrito, y en verso pegue ó no pegue voy á decir lo que siento respecto al asunto ese que ustedes vienen tratando con el talento de... ustedes.

Concretaré la cuestión por lo que conmigo reza; voy á probar, si lo logro, de una palpable manera que ese género pequeño á que ustedes con dureza han atacado, ni es malo ni de mal gusto siquiera; y que merece—á lo menos—que se escuche, que se atienda y que se estimule, solo porque no desaparezca. Manifiesto en primer término, de ese género en defensa, que condensar en el breve espacio de unas escenas todo un asunto, no es cosa de facilidad extrema; así que el género chico ese gran mérito encierra. Además se ha escrito tanto y de forma tan diversa,

que hallar un asunto nuevo es bien impropia tarea. Y hay autores distinguidos que lo logran; de manera que en este instante preciso, nadie, señores, me niega que buscar un nuevo asunto y desarrollar la idea en un acto, son dos méritos que el más ignorante encuentra en ese género chico que en grande tiene á la escena.

Otra ventaja contiene ese género movido—como según Pablo dice que llama al género Vico—y consiste en que á los públicos le resulta comodísimo. Si á las ocho come uno, puede comer muy tranquilo porque á las nueve se larga de su casa despacito y ve la segunda pieza y, claro, se ha entretenido. Es en el género grande no puede hacerse. Por listo y aprisa que quiera andarse se llega tarde de fijo. ¿Y á quién gusta de una obra no conocer el principio? Nada, señores de El Eco, está probado, está visto, que no hay género mejor que ese, á quien se llama chico.

Por último, los artistas á él dedicados, es fama que disfrutan grandes sueldos; cuando tan bien se lo paga por algo será señores! será... porque se lo ganan. Típicos hay de veinte duros á porrillo... Y en el drama ó en esa zarzuela grande para alguien tan decantada, son contados los que llegan á obtener esas contratas. Y, en fin, escritores magnos para qué proseguir, para... Si lo bello es siempre digno de atención, oído á la caja. ¿En qué género teatral se ven mujeres más guapas? ¿En el chico?... Pues que viva el género chico.

RANA.

DE CIENCIA

Toda la prensa de la provincia y algunos colegas de Madrid se han ocupado con frases entusiastas del laboratorio bacteriológico establecido en Cartagena por el Dr. D. Leopoldo Cándido. Todos esos periódicos fijan su atención en el progreso científico que eso representa, y nosotros queremos recordar que más de una vez hemos consignado con legítimo orgullo, el puesto honroso que ocupa nuestra localidad en los adelantos científicos.

Las experiencias aquí practicadas con el suero Roux contra la difteria y sus concluyentes resultados, acogidos por la prensa profesional, española y extranjera, han sido parte principalísima en la aceptación universal de este sistema; la organización de nuestros servicios sanitarios merecieron unánimes elogios en el Congreso de Higiene y Demografía, celebrado en Madrid; y de este modo, en el orden científico Cartagena ocupa lugar preeminente, que debe orgullecernos.

El laboratorio bacteriológico representa otro progreso, por que si la ciencia, con los nuevos elementos de que dispone, ha roto con las viejas rutinas, Cartagena para conservar su puesto, no podía ser tributaria de otras localidades cuando tuviera que acudir á los novísimos sistemas que la bacteriología, pone á disposición del médico.

Grande es, en efecto, por todas estas razones, el adelanto realizado; pero aún hay otras que nuestros colegas han omitido, y en las que nos complace fijar la atención.

Por espacio de mucho tiempo, ha sido objeto de discusión el problema del virus antirrábico; planteado por Pasteur. Hermoso triunfo de la ciencia moderna! Transcurrieron los siglos, y esa terrible enfermedad de la raza canina, tantas veces inoculada al hombre, permanecía en sus causas oculta en el misterio, y el infeliz hidrófobo era una víctima condenada á irremisible y espantosa muerte.

La microbiología por fin encontró la causa, y con la causa el remedio. El éxito sancionó el descubrimiento de Pasteur. Pero los enfermos tenían que acudir á París.

Después el insigne Ferrán comenzó

sus experimentos, y ya en España los mordidos acudían á Barcelona, habiendo conseguido el eminente bacteriólogo, que por el método supra intensivo, por él inventado, la eficacia de la vacuna antirrábica sea muy superior por su gran potencia inmunizadora á la preparada por los métodos pasteurianos y tenga el mérito de ser completamente inofensiva.

Por este método se practican las inoculaciones antirrábicas en el laboratorio bacteriológico de Cartagena, preparándose la vacuna con la misma perfección que en Madrid y Barcelona.

En distintas ocasiones hemos ya dado cuenta de este hecho, y oremos que son diez y siete las inoculaciones practicadas por el Dr. Cándido, con resultado tan satisfactorio, que en un solo caso se ha desarrollado la terrible enfermedad de la hidrofobia.

Recientemente han sido inoculados con la vacuna preparada en el Laboratorio de nuestro amigo, cuatro preciosos niños de una distinguida familia de esta población, los cuales se encuentran en estado satisfactorio, sin que la inoculación les haya producido ninguna clase de accidente.

Justo es que consignemos con satisfacción estos triunfos y estos progresos científicos.

RUMORES

Son de bastante gravedad los á que á nosotros llegan, y de los que nos hacemos eco con las consiguientes reservas.

Dícese que entre los obreros de la sierra minera de esta Ciudad y La Unión, reina cierto malestar con motivo de la baja de jornales que han realizado los dueños de algunas minas.

Indudablemente, si es que existe esa gajaja de jornales, debe obedecer á la baja del plomo y hierro y al excesivo coste de los explosivos, todo lo cual dificulta llevar las explotaciones mineras á buenas condiciones.

Todos debemos poner de nuestra parte, para evitar el que volvamos á presenciar otro cuatro de Mayo con sus tristes y dolorosas escenas.

No toca al Gobierno la menor parte, para conjurar ese malestar que se siente

ra, atravesaron una gran cámara y entraron en una recámara.

XV

Cristóbal encendió las bujías de dos candelabros de plata que estaban sobre una mesa.

—Supongo, dijo Mr. de la Chaumiere, que tú habrás robado lo bastante á tu amo para no necesitar servir á nadie.

—Sin embargo, contestó sonriendo Salgado, si vuestra señoría quiere que yo aumente mi peculio, robándole como mayordomo, estoy dispuesto.

—Pues mira, Salgado, estoy descontento con mi mayordomo, no porque me roba, sino porque me sirve mal: te tomo á mi servicio.

—Permitame vuestra señoría que le hable ya con la confianza que debe tener todo mayordomo con su señor, si ha de llamarse verdaderamente mayordomo: ¿habeis venido en nombre del rey nuestro señor, solamente para tomarme á vuestro servicio?

—Observo que ya no me das tratamiento, lo que quiere decir que ya te consideras jefe de mi servidumbre.

—En efecto, señor.

—Pues bien, empieza sirviéndome lealmente.

—Mandáme.

—Te mando que me respondas con toda la franqueza de que seas capaz.

—¡Ah! será para son vos completamente franco.

—Veamos: ¿no ha venido nadie á buscarte esta noche?

—Eso quiere decir, señor, contestó Salgado, que sabéis que han estado aquí el padre guardián de capuchinos de la Paciencia de Madrid, y Bizarro, el antiguo proveedor de las caballerizas de su majestad.

—¿Y nadie más?

—Sí, el escribano de la villa.

—Veamos, veamos si eres completamente franco: ¿qué ha venido el escribano?

—A librar un testimonio, dijo con grande aplomo Salgado.

—A falsificar un documento, dijo rectificando friamente Mr. de la Chaumiere.

—Vamos, señor, lo sabéis todo, y no me asustó por la parte que he tomado en ese documento, porque si me amenazase un proceso, os conozco bien, no me hubierais propuesto que entrase á vuestro servicio tan de buena fé como lo habeis hecho.

—¿Cuánto te han dado?

—Me han puesto entre una daga y un bolsillo: es-

—¿A cual de las dos Esperanzas, á la del marqués ó á la del gitano?

—A la del marqués; yo no conocía entonces otra.

—¿Y qué diablos habia de darte doña Esperanza, si con la muerte del marqués ha quedado sola y pobre?

—No tanto, no tanto, señor: doña Esperanza tiene cada joya que bien vale un puñado de oro, y además, que el pliego que el marqués me mandó buscar sin duda para quemarlo, le dará indicios bastantes para poder reclamar del rey una gran fortuna.

—¿Y por qué no me das ese escrito?

—¡Bah! yo no desconfío de vos; señor, os traeré el pliego: despues, vos me lo pagaréis ó no; eso queda á vuestro arbitrio: esperad un momento.

XVI

Salgado tomó una bujía y salió.

Poco despues volvió con unos papeles en la mano. Eran diez, que entregó á Mr. de la Chaumiere: el primero, que éste abrió con ansia, contenía lo siguiente, en un papel amarillo, con sello de oficio, del año de mil setecientos ochenta y ocho.

«Yo, don Juan Tomas Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla, conde de Melgar, grande de